

Salud integral, el hombre, la cultura y la ciencia*

José Renán Esquivel

Director Médico del Hospital del Niño de Panamá

La creación científica representa un caso particular de la cultura. La cultura es creación del hombre y el resultado de la complejidad de las operaciones de que él es capaz por el contacto con la naturaleza material y la lucha a que se le obliga para mantenerse en la vida. Los animales no producen la propia existencia, solo la conservan con el uso de los instrumentos naturales de que su cuerpo está dotado y el cual les permite un conocimiento de la realidad para la búsqueda e identificación del alimento, para encontrar condiciones de abrigo y tomar actitudes defensivas que les aseguren en forma permanente las condiciones de vida.

En el hombre esa condición se alteró, la capacidad de responder a la realidad creció de intensidad y calidad porque a lo largo del proceso de formación como ser biológico, las transformaciones en el organismo le permitieron, en virtud del desarrollo de la reflexión, transformar la naturaleza y con esto practicar actos inéditos, desconocidos en el pasado de la especie. Estos actos se han ido acumulando en la conciencia comunitaria, gracias a la herencia social de los conocimientos adquiridos, ya que por los resultados favorables que propician, son recogidos, conservados y transformados de una generación a otra.

* Dedicado al profesor Jesús Kumate, que se presentó parcialmente en la Reunión de Cocoyoc, México del 23 al 26 de octubre de 1988.

La cultura es, por tanto, contemporánea del proceso de hominización; no tiene fecha definida de su nacimiento ni forma distintiva inicial. La creación de la cultura y la del hombre son dos fases de un solo y único proceso que pasa de ser principalmente orgánico en la primera etapa, a ser social en la segunda, sin dejar de estar presentes ambos aspectos. La realización biológica del ser en curso de hominización determinó las posibilidades de la creación cultural que llegó a poseer en tal fase; pero al realizarse, contribuyeron al desarrollo y perfeccionamiento de las cualidades orgánicas. Hasta el punto en que se impulsó al animal a transformar su modo de existencia, convirtiéndolo en un ser productor, inconsciente al principio y después consciente de sí mismo. La complicación del modo de vida del hombre en surgimiento le impuso la necesidad de la acción colectiva en la realización de su ser, lo que le significó pasar a la etapa social de la producción de la cultura y diversificarse por efecto de la adquisición de un volumen mayor de conocimientos. Tal hecho ha florecido en las obras de arte y en los más variados productos culturales. En la medida en que el hombre en su curso de autorrealización domina la naturaleza, adquiere nuevas experiencias y actúa con respuestas originales a los desafíos del ambiente, crea instrumentos inexistentes anteriormente, desarrolla

técnicas sin precedentes, a partir de la instrumentación de los objetos que existen a su alrededor, y las utiliza colocándolos al servicio de finalidades que comienzan entonces a percibirse en la idea de la acción intentada.

La cultura es pues el proceso mediante el cual el hombre acumula las experiencias que va siendo capaz de realizar, analiza y fija las de efecto favorable y, como resultado de la acción ejercida, convierte en ideas las imágenes recordadas. Al principio tales ideas están vinculadas con las realidades sensibles y después son generalizadas en ese contacto inventivo con el mundo natural.

El mundo de la cultura se diferenció poco a poco del mundo material y comenzó a tomar contornos definidos en el pensamiento humano. Desde su inicio estaba compuesto de dos órdenes de realidades originadas de la misma operación, la conquista del medio circundante y el incremento de la dominación del mundo por el hombre en el acto de multiplicarse. Estas realidades son los instrumentos utilizados desde el comienzo (en estado natural) para luego seguir fabricándolos intencionalmente. Las ideas surgen en el pensamiento en correspondencia con los resultados de la actividad sobre la naturaleza, de la percepción más aguda y concentrada de aspectos cada vez más particulares de las cosas y fenómenos, y del descubrimiento de las propiedades de los seres.

Desde el comienzo la cultura presenta esos dos componentes: 1) los instrumentos artificiales, que son fabricados para prolongar y reforzar la acción de los instrumentos orgánicos de que el cuerpo está dotado con el fin, de oponerse a las hostilidades del medio y 2) las ideas, que corresponden a la preparación intencional —siempre social— y a la previsión de los resultados de tal acción. Aparece igualmente como expresión de la ligazón entre los dos componentes, la técnica, en cuanto significa la correcta preparación intencional del instrumento y la codificación de su uso eficiente.

Lo importante es comprender que la cultura es una manifestación histórica del proceso de hominización, y que, por tanto, se desarrolla al mismo tiempo con este último hasta los niveles superiores, y además que el carácter de humano se presenta como un contenido de valor ético.

La cultura se constituye por el efecto de la relación productiva que el hombre en surgimiento ejerce sobre la realidad ambiental. Con este concepto aprendemos la noción culminante de la teoría de la cultura, que la muestra como algo indisociable del proceso de producción, entendido en sentido supremo, como producción de la existencia en general. Son estos los dos sentidos: 1) producción del hombre por él mismo mediante la acción ejercida sobre la naturaleza para perpe-

tuarse como especie que evoluciona y adquiere progresivamente la capacidad ideativa y 2) producción de los medios de sustentación de la vida para el individuo y sus descendientes.

Al ser estos últimos medios indispensables para la producción de bienes de consumo, la cultura los incorpora, y por fuerza de la creciente capacidad reflexiva, los conduce a su incesante desarrollo. Interpretada la cultura como producto del proceso productivo, la noción decisiva es su doble naturaleza: 1) de *bien de consumo*, resultado de la materialización simultánea en cosas y artefactos y del subjetivismo en las ideas generales, de la acción productiva eficaz del hombre en la naturaleza y 2) de *bien de producción*, en el sentido de que la capacidad, crecientemente adquirida, de subyugación de la realidad por las ideas que la representan, constituye el origen de la nueva capacidad humana, la de idealizar en prospección los posibles efectos de los actos por realizar, concebir nuevos instrumentos y nuevas técnicas de exploración del mundo y crear ideas que signifiquen finalidades para las acciones por ejecutar.

Por un lado la cultura existente en cada momento histórico bajo la forma de ideas generales, de teorías sobre la realidad y de objetos fabricados de acuerdo con la técnica conocida, es absorbida por la presente generación. Ésta al poseerla, está

Salud integral, el hombre, la cultura y la ciencia

mejor equipada para enfrentar la necesidad de aprovechamiento de los recursos naturales y el descubrimiento de otros. En este sentido la cultura es un bien de consumo, que la sociedad, obligatoriamente mediante la educación, distribuye a sus miembros. Pero de otro lado, la cultura como un cúmulo de conocimientos y de instrumentos que permiten la explotación colectiva del mundo por el hombre, se revela claramente en un bien de producción, un medio de actuar sobre la naturaleza, una fuerza social al servicio de la sobrevivencia del individuo y de la especie.

Observamos que los dos aspectos de la cultura coexisten siempre en toda sociedad, pues son inherentes al hecho de la existencia humana. En ciertos tipos de sociedad como en las que hay clases distintas y con oposición de intereses, los dos aspectos no se encuentran igualmente distribuidos. De ello resulta la situación en que apenas una parte, un grupo minoritario, por ser poseedor de la cultura en cuanto a bien de producción, forma la clase de los que tienen el privilegio de concebir finalidades sociales. Por esto aparece como "culto", y la parte restante, las masas que sólo manejan los bienes de producción sin poseerlos, y sólo escasamente absorben los bienes de consumo, adquieren la engañosa apariencia de la parte "inculta" de la sociedad. El operario que maneja una perforadora

de piedra, se vale de un instrumento en el cual resume todo un proceso cultural, que por el descubrimiento y producción industrial, de un lado es un bien de consumo para los que precisan de ella en función de las finalidades a que se destina; y de otro, es un bien de producción del fabricante que lo confeccionó, y del propio consumidor pues éste también lo emplea para sacarle resultados útiles.

La doble realidad de la cultura, al ser por una de sus caras materializada en instrumentos, objetos manufacturados en productos de uso corriente, y por otra estar constituida por ideas abstractas, concepciones de la realidad, conocimientos de los fenómenos y creaciones de la realidad artística correlacionadas una y otra fase por las respectivas técnicas, lleva al pensador ingenuo, a desorientarse al conceptualizarlas, pues tiene dificultad en utilizar el método necesario para llegar a la formulación racional del plano cultural en totalidad. La multiplicidad de productos culturales desorienta la visión del investigador llevándolo frecuentemente a explicaciones ingenuas, metafísicas formalistas porque le falta el punto de vista genético. Se revela incapaz de hacer el objetivismo histórico de la cultura, único procedimiento que conduce a la comprensión de su naturaleza. Se pierde en su universo de especulaciones, pareciéndole actualmente la cultura como un complejo infi-

nito de conocimientos científicos, de creaciones artísticas, de operaciones técnicas, de fabricación de objetos, máquinas, artefactos y muchos otros productos de la inteligencia humana y no sabe cómo unificar todo ese mundo de entidades subjetivas unas, y objetivas otras, a modo de darles una explicación coherente, que una desde un punto de vista claro, toda esta extrema y diversificada multiplicidad.

Si se dispone solamente de una definición formalista de la realidad el resultado no será correcto, ya que se pretenderá unir el mundo de concepto que obtiene de las muchas formas expresivas de las manifestaciones culturales, correlacionando mecánicamente cada concepto a cada una de ellas, mediante un análisis siempre más sutil y profundo de su contenido. Con esto dificulta la operación de la síntesis explicativa, que es una de las finalidades del conocimiento, la cual consiste en la acumulación de datos, en la comparación de ellos y extracción de las regularidades significativas.

Este camino no es práctico para llegar a la explicación racional del fenómeno de la cultura. Para descubrir la verdadera realidad de la cultura y su fundamento en el proceso de producción, es preciso asumir el punto de vista genético, ligado a una filosofía existencial y apoyado por la lógica dialéctica. Este proceso, no puede ser entendido sólo por una de sus fases; la producción

de los bienes de consumo que el hombre necesita; debe ser entendido igualmente por la otra cara, la producción del propio hombre, en función de la cultura que adquiere en cada época.

En este sentido, el hombre es, en sí mismo, un bien de producción. Tropezamos aquí con la raíz inicial del problema social de las relaciones entre los hombres. Concepto muy serio, del cual debemos partir para entender la esencia del fenómeno de la alienación, en toda su amplitud y particularmente en lo concerniente a la cultura. El hombre produce la cultura por una necesidad existencial, para apropiarse de ella, pues es por su medio que llega a postular las finalidades de su acción. Lo que sucede en tiempos como los actuales y en sociedades como las nuestras, es que por motivo del camino seguido por la estructuración social, el hombre en vez de apropiarse de la cultura, de nominarla, hace lo inverso, alienarse a ella, y transformarla en una realidad entificada, superior a él. Como consecuencia hay dos resultados: el hombre se aliena a la cultura, y sólo reconoce como culto al individuo que cultiva los valores culturales ajenos; y por el otro lado, la cultura se corrompe en la esencia dejando de ser concreta como lo es por naturaleza, para tornarse abstracta.

Cuando decimos que el hombre es un "bien de producción", entendemos con esto, que debe ser un bien de producción

de sí mismo, y para sí mismo, o sea que su acción sobre la realidad debe ser utilizada solo en beneficio de cada hombre, para hacerlo más humanizado en su comprensión del mundo y en las relaciones con sus semejantes. Si como de hecho sucede, se torna el hombre en un bien de producción no para sí exclusivamente sino para otro, y por tanto se convierte en instrumento de utilización ajeno, desaparece la dignidad que lo caracterizaba como productor de sí mismo, por mediación de la cultura que fuera creando y acumulando, y se establece un régimen de convivencia injusto e inhumano.

Aparecen entonces en las comunidades sociales las desigualdades en las funciones de los hombres en el proceso de humanización común, o en el proceso de producción social de los bienes que todos necesitan y que deben estar a disponibilidad de todos. Surgen también las clases sociales, como expresión de la diferenciación en el papel existencial desempeñado por los hombres en el proceso de producir por ellos mismos, y de los bienes que precisan para subsistir. La cultura no puede ser explicada idealísticamente identificándola en un mundo abstracto de ideas y productos de arte, nacidos únicamente de una reflexión espiritual. Esta concepción es un artefacto cultural resultante de cierto condicionamiento social del pensamiento que se olvidó de su origen en el

proceso de formación del hombre a lo largo de la evolución de las especies animales.

La cultura es una realización del hombre contemporáneo para la realización de sí mismo por la acción productiva. Debería ser herencia de la especie como tal, o sea, no existir diferencias entre clases de individuos, ellas constituyen un hecho patente e históricamente milenario y necesitan explicación. El problema consiste en investigar si la explicación que se puede dar de esta diferenciación es compatible con la explicación teórica general; explicación ésta que muestra el desarrollo de la cultura siempre apoyada en una base material de producción de bienes, sobre el cual el hombre se va constituyendo en una especie distinta, organizando la sociedad como condición de sobrevivencia.

Parece que la teoría es compatible con la situación observada en el transcurso de la historia, donde se nota en cierta fase que la cultura se bifurca y deja de ser un bien general consumible y productivo al alcance de todos los hombres, en igualdad, para tornarse privilegio de uso de algunos. La raíz de la separación de clases, como consecuencia de la posición del individuo en el proceso social de la producción de bienes, está en la naturaleza dual de la cultura, que en manifestaciones materiales y objetivas es simultáneamente bien de consumo y bien de producción.

Con la evolución de la explotación de la naturaleza y el predominio creciente del hombre sobre las fuerzas naturales, y en relación con la multiplicación numérica de los componentes de los grupos comunitarios, se verifica la ampliación de los conocimientos culturales y de los bienes resultantes de ellos, ambos se van juntando en la sociedad y conducen a la diferenciación en la apropiación de ese bien cultural. El saber aumenta la producción de manufacturas y objetos de consumo, y comienza a tener lugar entonces un proceso de especialización en la creación y apropiación de la cultura, concomitante a la división social del trabajo. Este fenómeno es normal, pues a partir de cierta fase, el volumen de la cultura impone la distribución, como la consecuente apropiación por grupos dentro de la sociedad y en un caso extremo, por los individuos. Pero este proceso que por ser de distribución de la cultura no debe significar su discriminación, se ve corrompido por la introducción de la desigualdad en la apropiación del conocimiento y de los bienes materiales que de él resultan entre los grupos sociales que se destacan, divergen y después se contraponen entre ellos.

La diferenciación de la distribución de la cultura por sí misma, no significa una injusticia social, ya que apenas acompaña el curso de la división natural del trabajo, pero todo lo contrario sería el seguimiento del proceso de

avance del conocimiento, si la cultura, después de distribuida, continuase siendo propiedad común del grupo, y por tanto solo accidentalmente distribuida en los individuos que la poseen, pero permaneciendo como bien colectivo, produciendo para todos los miembros de la sociedad los resultados benéficos de su conservación. Pero no es esto lo que históricamente ocurre, por circunstancias complejas, a que no son extrañas las diferenciaciones en los factores naturales del medio, la capacidad física e intelectual de los individuos, y los conflictos de finalidades establecidas entre ellos pero que tienen como razón principal el modo de participación de cada hombre en el trabajo de la producción social.

Los bienes culturales sufren una división, y los que representan el aspecto de producción de la cultura quedan en poder de grupos minoritarios de la colectividad. Resulta para éstos una acumulación de las riquezas, que los hace en una segunda etapa, tornarse igualmente en los dueños del consumo de los bienes culturales especialmente los de valor suntuario, lúdico o de puro orgullo. Los bienes que representan las fuerzas productivas ponen a su servicio otros grupos sociales, que forman la mayoría de las comunidades humanas. Cuando tal división se da, la cultura deja de ser un bien igualitario en los aspectos y el conocimiento, y en especial, en las

Salud integral, el hombre, la cultura y la ciencia

técnicas de fabricación, así como los instrumentos de operación sobre la realidad, entre los cuales se encuentran especialmente las propias manos humanas, que quedan vinculadas al acto de producir bienes de consumo; bienes que no van a ser consumidos por los que los producen directamente, mas por sí apropiados por el otro grupo minoritario; estos grupos, por poseer la propiedad de la cultura en el aspecto productivo, se enriquecen espiritualmente todavía más, al acumularla en el aspecto de consumo.

Dos fenómenos tienen lugar entonces. El primero consiste en que si en el acervo cultural se cuentan tanto los instrumentos materiales de transformación de la realidad, las máquinas, las herramientas, las técnicas, las operaciones manuales de alteración de las propiedades de los cuerpos, así como las ideas y las creaciones artísticas e ideológicas que tales operaciones facilitan y que después sirven para dirigirlos, tal situación tiene como resultado que el grupo social minoritario valoriza más la apropiación de esta segunda orden de bienes culturales, que es exclusiva de ellos, ya que la primera les parece firmemente asegurada en sus manos. Por eso enaltece la posesión de las ideas y de los productos ideales de la cultura y se juzga culto sólo por este aspecto, sobre todo porque los bienes culturales materiales que exigen la operación directa sobre el mundo físico

y por tanto el empleo de la fuerza muscular, son impuestos por esas clases minoritarias pero dominantes, a las grandes masas, que por no tener la propiedad de ellos y sólo escasamente consumir lo que producen, son consideradas incultas, pues apenas les toca el trabajo productivo en las modalidades más duras y groseras.

La falta de propiedad jurídica y social de los bienes de producción termina por convertirse en una propiedad existencial del trabajador que por eso, aparece inculto a los ojos de los que tienen el usufructo de la cultura. Es evidente que el grupo de los que trabajan casi nada consume de la cultura que produce, y que se especializa en el manejo de los instrumentos materiales de las técnicas productivas, pierde contacto con el otro lado de la cultura, las ideas, el saber y la ciencia; se quedan en la cabeza de los privilegiados, mientras que quedan en las manos de los trabajadores las herramientas. Los que poseen la exclusividad de los bienes ideales de la cultura, porque ya poseen la propiedad, también exclusiva de los instrumentos materiales de la producción, se apropian del poder de dictar el destino del trabajador concebido, de definir la finalidad de las ideas. Se llega así a la división de la sociedad entre dos grupos desiguales: manejadores ambos de los productos de la cultura, pero uno el minoritario y dominante, se reserva la parte ideal de la creación

cultural; y el otro que es la mayoría, se ve forzado apenas a operar con los productos materiales de la cultura.

El segundo fenómeno resultante de esta diferencia consiste en que los bienes materiales producidos por los que manejan los instrumentos materiales de la cultura les son arrebatados a éstos para convertirlos en propiedad de los que poseen los valores ideales de la cultura. Pero con el seguimiento de la diferenciación, la división en el proceso cultural alcanza lo máximo en la desigualdad humana y la injusticia social. La clase que se apropió con exclusividad, de la parte ideal y subjetiva de la cultura, consigue entonces absorber no sólo los productos de fabricación de los que solo manipulan los instrumentos materiales, sino que llegan a veces al punto de adquirir al hombre como tal, en su cualidad de instrumento productivo, lo que representa la forma suprema de distorsión en la apropiación de la cultura. Tal situación tiene históricamente su expresión más cruda, en el estatuto de la esclavitud, la cual no desaparece y apenas sí es atenuada, cuando evoluciona hacia otras formas, en algunos aspectos más humanizados, aunque siempre brutales, como en el feudalismo y aun en el capitalismo, para algunos.

El fundamento ontológico de la posibilidad de esta apropiación se halla en la concepción de que el hombre es natural-

mente un bien de producción. Debería permanecer como bien de producción de sí y para sí, y en una comunidad igualitaria de acción cultural sobre la naturaleza; mas no es así, y precisamente será esta calidad propia que lo llevará al cautiverio, que lo tornará en objeto de posesión total por parte de otro hombre. Será bien de consumo para aquel que lo posee, de un consumo que consiste en ser productor de bienes de consumo. La realidad del esclavo es pues doble: de un lado es consumido por el señor en la cualidad de productor de lo que necesita; y del otro lado es efectivamente un productor, porque actúa directamente en la realidad natural transformándola, creando artefactos y objetos de uso; pero no lo hace en su provecho sino para deleite de los que lo poseen en la condición de "máquina viva".

Esta diferenciación tiene una considerable significación histórica y existencial. Representa la división de la cultura y la irreconciliabilidad entre sus dos aspectos en las sociedades en que persisten lado a lado clases divergentes y antagónicas. El resultado de este hecho histórico para la posibilidad del surgimiento y desarrollo de la ciencia adquiere profunda repercusión. La cultura deja de ser un bien unitario de la especie, como sucedía en el proceso en que ésta comenzaba a generarse, y se divide, en dos mitades, ahora contradictorias.

Por un largo período inicial de la formación de la ciencia, una clase, en las personas del seleccionado grupo letrado que la representan, se posesiona del aspecto subjetivo de la cultura, tornándose dueño de las ideas y de las finalidades. Por tanto con predilección se ocupará de ellas, haciendo de este oficio la justificación de su papel histórico. Tendrá por función el conocimiento puro, el descubrimiento y la confrontación de las ideas, el estudio de los procesos de su creación, de los modos en que son generados, con su ordenamiento, y las nuevas ideas surgidas. Las teorías científicas son uno de los productos específicos de tal clase. Esas teorías inevitablemente traen la marca social de origen en una clase que se desvinculó del trabajo directo en la naturaleza, del contacto inmediato con los cuerpos, para dedicarse a la especulación sobre ellos, a la explicación imaginativa de los fenómenos en que figuran y de las abstracciones especialmente las de carácter matemático y filosófico a que dan lugar.

La otra clase separada de la esfera ideal de la cultura, tiene por meta dados los trabajos que desempeña, los instrumentos de operación en el mundo físico, pero en contrapartida estará privada de las posibilidades de investigar con fines científicos los cuerpos y fenómenos que manipula; está impedida de virarse para ellos en una actitud cuestio-

nante, con el fin de descubrir propiedades ignoradas, y formar ideas en relación con las cosas y con los procesos naturales, porque la obligación de utilizarlos en forma habitual ya establecida, lo conduce a la rutina y a la producción uniforme, al embotamiento del espíritu indagador y crítico, el cual permanece como honra de la clase ociosa, que lo usa preferentemente para fines de especulación abstracta. Con esto, aquellos que conocen las propiedades de los cuerpos porque los manosean, se tornan incapaces de llegar a la conceptualización de aquello con que objetivamente están en contacto. La clase trabajadora permanece incapacitada para engendrar ideas, porque está privada de definir la finalidad, de darle el destino a las cosas que produce.

Encontramos aquí la raíz de la división histórica del trabajo en las formas intelectual y manual que se proyecta objetivamente en una división entre camadas sociales. Una de ellas por el derecho de posesión, reserva para sí el trabajo intelectual y se define a sí misma como culta, la única culta y naturalmente forja los valores que entronizan ese privilegio, y lo defiende circundándolo del máximo prestigio. El trabajo manual, por el cual la inmensa mayoría de los hombres toma contacto con la naturaleza, queda rotulado en un plano inferior en dignidad. Si los productos que la clase trabajadora elabora, son consumidos por la otra, se

torna comprensible que ésta valore soberanamente su calidad de consumidora, despreciando a las masas que permanecen estigmatizadas por la obligación de producir. La clase superior, en su conciencia esencialmente ingenua, no se juzga ociosa; muy por el contrario, cree que se entrega a la más elevada y valiosa de todas las formas de producción, la mental, y la de las ideas.

Este sería su papel distintivo y por eso la producción ideológica asume, desde su punto de vista el valor de la cualidad más noble del hombre, quedando los trabajadores manuales en la condición de absorbentes de los artefactos ideales que les distribuyen los más elevados a su ser. Aquella no les reconoce el derecho de crear por sí mismo las ideas que consideren adecuadas para expresar su percepción de sí, de la naturaleza y de su situación social. Con esto las clases trabajadoras quedan efectivamente privadas, no del derecho a pensar, ya que ese lo ejercen frecuentemente y en natural sentido reivindicativo, sino del derecho de ver las ideas que elaboran reconocidas como expresión de cultura. Sus productos artísticos son apenas clasificados como pintorescos, artesanales y folklóricos despertando solo una transitoria curiosidad, los productos de los dirigentes son rotulados de serios y eruditos. En cuanto a la capacidad de creación filosófica, las clases dominantes o rehúsan tomar en serio las

producciones ideológicas surgidas de los grupos que ellas tildan de incultos o recurren a la represión de tales ideas para garantizar sus privilegios.

Para la comprensión de la división social del trabajo, es de gran importancia entender la teoría de la ciencia y explicar el porqué desde eras remotas se introdujo el divorcio entre el origen material del conocimiento y su formulación teórica, divorcio que ha condicionado toda la historia de la ciencia hasta el presente.

La más nefasta de las consecuencias de esta bipartición es la discordancia entre los grupos sociales que están en contacto con la realidad natural. Los que la toman en las manos, la manipulan y por tanto estarían en condiciones de pensarla en lo concreto de sus objetivos económicos y propiedades. Ellos están apenas subordinados a una finalidad productiva de la que no son autores; y por la cual no tiene la responsabilidad de extraer de la naturaleza esos bienes de consumo que no van a utilizar para sí, como clase; mas permitieron a otros, que se los arrebataran y los consumieran prontamente. Siendo ello así, estos últimos no han necesitado investigar las condiciones en que fueron producidos; no sintieron su despertada atención por las propiedades del mundo de donde provienen las cosas que consumen; han perdido el interés por el conocimiento de las propie-

Salud integral, el hombre, la cultura y la ciencia

dades físicas, químicas y biológicas de los cuerpos, y no les ha sido estimulada la investigación científica del mundo material, se refugian en esferas abstractas y sólo reconocen como cultura los productos que elaboran en ese lugar excelso.

Como se aprecia en el curso de la filosofía antigua y medieval, y en gran parte del pensamiento moderno y contemporáneo, los representantes de la clase pensante se han entregado a la pura especulación, procurando por intuición y por esfuerzo imaginativo, descubrir la esencia de las cosas, la materia prima de la que está compuesto el universo, las entidades divinas que lo gobiernan, las sustancias materiales que explican el comportamiento de los seres animados, las fuerzas ocultas que operan los fenómenos extraordinarios, las cualidades formales por los cuales los objetos manifestaran su naturaleza íntima, y más de mil problemas metafísicos ilusorios, resultantes de la exclusiva exploración de las ideas como entes desvinculados de la materialidad, como es el caso del pensamiento platónico.

Este conflicto que marca la historia de la ciencia y de la filosofía en la cultura occidental, desde los orígenes hasta los albores de la época contemporánea, explica la gran demora en el surgimiento e implantación de la ciencia experimental, y por qué la cultura, en los períodos griego y medieval hubiera avanzado en

importantes sectores como las matemáticas y las teorías astronómicas, porque tales regiones del pensamiento científico, representando el plano natural de las investigaciones abstractas apenas jugaban con números, figuras y movimientos celestes, que exigían una pequeña fase de observación y ninguna práctica de experimentación, que no era el interés de las élites cultas de la época; y estaba evidentemente fuera del alcance del trabajador que apenas percibía el lado operatorio y elemental de los conocimientos aritméticos y geométricos.

Tales conocimientos en la antigüedad oriental eran privilegios de castas sacerdotales pues mediante ellos reforzaban el poder de los grupos dirigentes, al ser portadores de ciertos datos del saber, como el poder contar el tiempo, el establecimiento del calendario y del ritmo de los fenómenos naturales periódicos que interesaban para el trabajo de las masas en la agricultura, en la naturaleza y en la construcción civil, podían darlos a éstos, que no podían adquirirlos por sí mismos, y por tanto tenían que recibirlos de las camadas de letrados. Fue preciso que, a partir del renacimiento europeo, se instalasen condiciones históricas inéditas, determinadas por la forma asumida en tal fase por las luchas sociales.

Al presentarse la necesidad de emplear fuerzas militares utilizando ingenios mecánicos más complejos y fuerzas físicas

antes ignoradas, como la explosión de la pólvora; al continuar con la revolución industrial, con el uso del vapor como agente motor, se hizo urgente que la fracción culta de la sociedad se interesara por la investigación de las fuerzas físicas cuyo conocimiento le era ahora necesario para la creación de armamentos, y para la conquista de medios que le permitiesen continuar en el ejercicio de la dominación social y le garantizaran la posibilidad de una política de expansión mundial. Entre estos medios se contaba la mejora de las técnicas de navegación, la mayor y más barata productividad de los bienes de consumo, y la creación de condiciones de confort personal, entre otras.

El trabajo manual a pesar de continuar sujeto al mismo signo de desvalorización de la producción de los bienes rutinarios, comenzó con toda una cualidad nueva, percibió que no habría otra forma de arrancar de la naturaleza el secreto de sus fuerzas, para ponerlas al servicio de grupos sociales poderosos, sino la de manipularlas directamente, tal como milenariamente lo hacían los esclavos y artesanos. De este modo surge una actitud diferente de la clase culta frente al mundo, despierta el interés en conocerlo por la acción ejercida en él. Se tienen con esto entonces los inicios de la investigación científica de la naturaleza debido al cambio de actitud y al hecho de pasar de un

pensamiento contemplativo hacia la decidida y metódica intervención en los procesos materiales por la vía experimental.

También puede apreciarse, que la investigación experimental de la naturaleza está ligada al surgimiento de intereses sociales inéditos, que determinan las clases cultas; entienden el concepto de cultura, aplicándolo ahora al trabajo del investigador científico, en las múltiples modalidades en que se desdoblará. Esto no quiere decir que en sociedades como las nuestras, está superada la división social del trabajo, ni suprimido el desnivel que separa la modalidad reconocida culta de aquella que permanece simplemente como productora de bienes de consumo, no obstante persisten la desigualdad en la apropiación de estos bienes como consecuencia de las diferencias en la posesión social de los medios de producción. En el propio campo cultural comienzan a establecerse distinciones valorativas, siendo diferenciados sectores especializados; por ejemplo la llamada "cultura tecnológica", juzgada principalmente por los "sacerdotes" del saber universitario, de categoría menor. Ella está distribuida en diferentes grados a los técnicos y a los propios operarios, por la necesidad que la complejidad de las máquinas y fuerzas naturales utilizadas en la producción imponen, para poder obtener mayor rendimiento en la explotación del trabajo.

La clase verdaderamente productora, el operario en general, comienza a mejorar en las áreas periféricas de la cultura reconocida, pero lo hace partiendo de abajo hacia arriba; siempre bajo la vigilancia estricta de los guardianes del saber abstracto, teórico, ocioso, frecuentemente rotulado de humanista, por las que precisamente lo corromperán en su auténtico significado humano. Esta deformación histórica del proceso cultural no les afecta la esencia. Por eso es posible prever que se pueden aproximar los tiempos, y que sin desaparecer, sino acentuándose las divergencias de especialidades culturales, se desvanecerán las indefensas distinciones de valor, ligadas a la situación de clase, de esa clase que por milenios, exaltó el trabajo intelectual supuestamente "puro", y estigmatizó lo que era hecho con las manos, con herramientas con esfuerzo físico, contra la resistencia de los cuerpos y fenómenos del mundo.

La humanidad camina para una época de reunificación valorativa de la cultura, manifestada no solo en el plano ético, por la extinción de las atribuciones despreciativas, sino también en el plano epistemológico, por la formulación, de una comprensión unitaria de la acción del hombre en el mundo; de los productos de esta actividad, de su uso social y de sus finalidades humanas. Esta concepción se funda en el concepto dialéctico de la contradicción

principal del ser humano, la que se establece entre su proyecto de crearse a sí mismo y la realidad objetiva que tiene que utilizar para tal fin. Llegará el momento en que la ciencia será unificada por la acción conjunta, nunca más contradictoria, del pensador teórico y del trabajador práctico.

En la perspectiva dialéctica, es histórica la acción del hombre en el mundo natural; su creciente desarrollo biológico le permitía producir dos órdenes de resultados: la creación de objetos artificiales y de ideas, con las que cada vez va representando mejor y más ampliamente la realidad en el pensamiento. Ambos tipos de resultados son cultura. La idea una vez formada, prefigura acciones futuras sobre la realidad material. De este modo, en su propio origen, la cultura es una síntesis de la doble capacidad de actuar físicamente y de representar mentalmente, que adquiere el hombre al irse constituyendo fisiológica y psíquicamente en animal diferenciado; constituyéndose una síntesis, en reunión de modos opuestos de ser y de producir. Se aclara así un aspecto capital del concepto de cultura: su carácter de mediación de toda realización humana.

La cultura es simultáneamente "operación inteligente" ejercida en el mundo material e "ideación operatoria" en la esfera del pensamiento. Son dos aspectos diferentes de la realidad del mismo agente, el hombre, en la inte-

gridad de su naturaleza. Por eso, el hombre se torna el vínculo unificador de esas dos caras opuestas. Él cumple la unificación, entre los dos lados de la cultura, por el hecho de "existir". Con esta afirmación encontramos la raíz de una teoría legítima de la cultura, aquella que la fundamenta en la realidad existencial del hombre. La cultura no pertenece a una esencia imaginaria del hombre, a un alma inmortal, ni tampoco a un espíritu absoluto, que la produce de sí mismo, por explicación de sus virtudes, pues apenas tendría en el pensamiento y en la acción humana exteriorización accidental e histórica. La cultura es un producto del existir del hombre. Resulta de una vida concreta en el mundo que habita y de las condiciones, principalmente sociales, en que es obligado a pasar su existencia. Por eso, las teorías que acentúan las relaciones estrechas entre la cultura y la sociedad, y que dan a ésta por base de la primera, no están equivocadas; pero se muestran insuficientes, pues por falta de comprensión dialéctica del proceso de constitución de la sociedad la toman por principio absoluto.

El hombre, en su existencia siempre singular y concreta, es el que produce simultáneamente y en acción recíproca, la sociedad y la cultura, en conexión tan íntima, que los pensadores formalistas, pudieran eludir, creyendo que el campo cultural fuese una concreción de la realidad social. Al tiempo que

el hombre produce la cultura se produce a sí mismo, en forma de constitución de un modo social de convivencia. La expansión de la cultura es igualmente la expansión de la sociedad, la ocupación cada vez más amplia del espacio habitable en el cual se tornan reales las potencialidades de creación cultural de las que el hombre es capaz.

El existir del hombre se reviste de cualidades inéditas en el conjunto de los seres animales gracias a su capacidad de vivir la cultura, en el concepto amplio y crítico en que la entendemos. La acción simple sobre la realidad, incluyendo la actividad constructiva de productos relativamente complicados, no basta para definir al hombre. Lo que torna a la cultura como cualidad distintiva del ser humano en su función de "mediación" en las relaciones entre el hombre y el mundo; relaciones que posibilitan la existencia y le dan las características que posee, representa aquello que falta en la construcción animal, por más compleja y admirable que esta parezca. Muchas especies animales y de diferentes ramas zoológicas, son capaces de fabricar nidos, colmenas, hormigueros y hasta pasadizos como los castores, sin que sean movidas por representaciones cognitivas superiores.

Estas acciones se deben apenas, a los instintos hereditarios frente a los que parece sin capacidad evolutiva. Sólo el hombre en su actividad constructiva, crea

cultura, porque solo él, al mismo tiempo en que opera sobre la naturaleza y obtiene productos de ingenio, crea en su pensamiento ideas que representan las propias acciones que practica, y que por eso pueden tornarse guías de principios para la organización de esa actividad. El poder de esa ideación representado superiormente por la facultad de imaginar; y el poder de libre combinación de las ideas y facultad de concebir proyectos de ser, suplantando la esfera de los instintos, le da al hombre una conciencia que es raíz de su caracterización como animal culto.

La doble cara de la cultura explica la más importante de sus caras constitutivas: la de ser siempre un atributo de la existencia humana, utilizado por ésta para actuar sobre el mundo, hacerse así mismo y crear los productos que necesita para conservarse. Como efecto, si la cultura es simultáneamente acción e idea, en cuanto acción significa la mediación entre dos ideas y en cuanto idea significa la mediación entre las acciones. Parece conveniente prestarle atención especial a esta reflexión. Por un lado, siendo la acción existencialmente provechosa por los bienes que produce, supone la posesión de una idea anterior, que mueve la operación constructiva, y dirige con el auxilio de los conocimientos almacenados, los ensayos de creación de objetos, la orientación de la conducta y la sistematiza-

ción de la experiencia; pero al mismo tiempo, al tener éxito en la acción practicada, surgen en el pensamiento ideas originales que representan a las cosas inéditas que comienzan ahora a ser fabricadas, o las experiencias recién adquiridas. Por eso, se constituyen en nuevas concepciones, nuevos conceptos, que van siendo percibidos por la reflexión intelectual en virtud de la unión de las ideas anteriores a las que se siguen en los actos practicados.

La cultura de cada momento representa la mediación histórica que posibilita la adquisición de otros datos culturales que condicionan la expansión del conocimiento. Es posible decir que la cultura, en cuanto a idea, imagen, valores, conceptos y teorías científicas, se crea a sí misma por intermedio de las operaciones prácticas de descubrir las propiedades de los cuerpos y de la producción económica de los bienes necesarios a la vida social. La acción del hombre, siendo la mediación entre dos ideas, otorga a la primera la cualidad de servir de base para la finalidad de creación de la segunda. Pero por otro lado, la idea, una vez constituida se torna la mediación entre dos actos consecutivos, ya se trate de operaciones conocidas o de acciones en que la segunda supera en cualidad a la primera, por ser una innovación, una invención, un gesto creador hasta entonces ignorado. La idea, como valor cultural, apoya en todo la línea de acciones

consecutivas de la especie. Su validez está comprobada y perfectamente representada en el pensamiento, para sugerir la acción, imaginada, posiblemente útil que el hombre intentará seguidamente realizar.

Las más atrevidas acciones humanas en el descubrimiento de la realidad en expediciones científicas audaces, en experiencias aparentemente fantásticas sobre la naturaleza física para aclarar los secretos y alcanzar propiedades recónditas de la materia, tienen por fundamento la idea previa que dirige la ejecución de esos propósitos; darle carácter de operación inteligentemente planeada, cuyos resultados están prefigurados en el concepto de la teoría que orienta tales actividades de penetración en lo ignorado del mundo. Veamos la idea servir de mediación entre dos acciones. Sin ella la acción, ahora original, no podría seguir a las que son tradicionalmente practicadas, ni chocaría con éstas en la formación del proceso histórico de la actividad humana.

Es la idea lo que va forjando la cadena progresiva de

actos creadores que la especie viene practicando desde que se definió suficientemente en el tipo animal en que ahora está transformado. Pero igualmente sin la acción, desempeñando el papel de unión entre dos ideas, tampoco se crearía el universo que fue llenado de ideas, ni las operaciones entre ellas. Y son éstas las que establecen unión y secuencias entre los conceptos, todo el complejo de correlaciones lógicas de operaciones decisivas, que el pensamiento a posteriori descubre y comprenderá en carácter científico. Vistas en esta forma las ideas cuando no son interpretadas por la justa concepción dialéctica, aparecen formando un plano aparte, que ciertos filósofos idealistas conciben como existentes por sí mismas, independientemente de la acción. Ésta al contrario, es juzgada en tal caso dependiente del plano de las ideas; sin existir espacio en esa concepción para los conceptos de interacción y de mediación, cuya fecundidad sabemos es decisiva cuando son utilizadas en una correcta teoría lógica dialéctica. "El principal producto del hombre, es el hombre".